

MASTROIANNI, U

EN una silla negra, con mocasines negros, negros los calcetines, la corbata, el traje, el abrigo, su sombrero «a lo Fellini», pero más pequeño, con el ala levantada por los lados: así he visto a Marcello Mastroianni. Sus ojos se movían rodeados de arrugas, hábilmente simuladas con cola de pescado; su pelo había sido blanqueado por Filippo, el peluquero de los artistas, con agua oxigenada a casi cien volúmenes. El mismo se ha dejado absorber dócilmente por la última metamorfosis radical a la que el cine le ha sometido. El más auténtico de los cronistas mundanos en «La dulce vida», el más real de los barones sicilianos en «Divorcio a la italiana», el «más hermano» de todos los hermanos en «Crónica de familia», hoy, para complacer al cine, es un hombre cansado, desilusionado, precozmente envejecido. Pero, ¿cómo es en realidad el más cinematográfico de nuestros jóvenes actores? La siguiente

entrevista, hecha en la playa de Ostia, en los descansos del rodaje de «Fellini, ocho y media», nos da el retrato de un hombre sustancialmente inteligente y humano, un hombre que tiene el sentido del tiempo que vive.

—Buenos días, Mastroianni.

—Buenos días; venga, andaremos un poco por la playa, hablaremos con más calma. Lo siento porque le molestará la arena...

—No, en absoluto, más lo siento por sus zapatos, ¿no se estropearán?

—No, no, son zapatos para una vida deportiva. Son bonitos, ¿verdad?

—¿De quién son?

—De Lobb.

—¿Lobb, Faubourg Saint-Honoré? ¿El que hace esas botas maravillosas?

—Sí, ése. Me entusiasma Lobb, la atmósfera del negocio, el estilo inglés pero no muy inglés, como lo entienden algunos zapateros italianos. Hablemos de zapatos; los zapatos son una de mis manías,

sinceramente; tengo una serie infinita, todos de Lobb.

—¿Y los manda por avión para que los limpien, como hace el duque de Windsor?

—No, eso no, pero cuando aparezco por París, Lobb es la primera tienda donde me precipito. Me he hecho una serie de botas, de caza, de cow-boy, de montar, sólo porque me gustaban; luego me justificaba diciéndome que eran para los rodajes en los exteriores, pero luego...

—¿Luego?

—Me parece que voy recargado, cosa que no me gusta. Temo que me juzguen mal, no sé... Vamos a la cabina del teléfono, tengo que llamar a Sofia. Sí, me gusta mucho vestirme, pero con sencillez; nada de cuello muy alto, con puntas largas, nada de botoncitos, ni cuello tipo americano, ni cuello como usaban nuestros abuelos, sino un cuello así, ni grande ni pequeño.

—La camisa azul que lleva, ¿es suya o de la película?

Mi amistad con Sofia es una cosa auténtica en el ambiente del cine. Sofia es muy buena, muy leal, muy sincera..



N HOMBRE MODERNO

—No, es mía, las camisas me gustan así.

—¿Lleva gemelos?

—Mírelos, pequeños, como un grano de oro, nada especial. Hoy, como ve, acabo de llegar al «set» y llevo ropa de sport. Una chaqueta de cuadros blancos y marrón oscuro, los pantalones de tela de gabardina color arena y los zapatos de Lobb. Todo muy cómodo. Ninguna exageración; ante todo, tengo un guardarropa serio.

—¿Y los colores?

—Una pequeña rebeldía mía. Los sastres dicen: ¿para hombre? y se sobreentiende gris o azul, azul o gris. No estoy de acuerdo: soy partidario del marrón, sepia, ocre, siena tostado, oscuro y claro, y también el medio, en fin, los marrones...

—De sus colores preferidos me da una lista precisa y hasta poética, ¿ha escrito alguna vez poesías? ¿Ha pintado?

—¿Cuadros? Sí, pero sin talento. Aunque logré mantenerme por algunos meses vendiendo cuadros en Venecia, a un sastre. Tenía diecinueve años, me había ido al maquis para escapar a Graziani, y junto con un amigo, pintor en serio, Remo Brindisi, después de haber vendido los colchones para hacer el viaje, acabamos en Venecia y allí hicimos un poco de bohemia, hace muchos años... Yo era joven entonces...

—¿Qué edad tiene?

—He cumplido treinta y ocho el veintiocho de septiembre, así al menos está escrito en los documentos; pero yo nací el veintiséis, o sea, antes de ayer.

—¿Antes de ayer? Entonces todo es tremendamente nuevo para usted. ¿Qué es lo que más le impresiona?

—Veo una playa muy abierta y larga, con arena de granos gruesos; en el centro se levantan dos torres mastodónticas e impresionantes que recuerdan Cabo Cañaverál; pero sólo son para una escena de Fellini. Vamos a beber algo, le contaré todo punto por punto.

—Quiero saber todo de usted. Para comenzar, ¿qué estatura tiene?

—Un metro ochenta y dos.

—¿Cuánto pesa actualmente?

—Setenta y tres kilos.

—¿Cuántos pares de calzado tiene?

—Cuarenta y cuatro.

—¿De qué color tiene el pelo? Cuando no está teñido por el cine.

—Castaño, ni claro ni oscuro.

—¿Y los ojos?

—Marrón.

—¿Cuánto fuma?



—Sesenta «nacionales» al día, sin filtro.

—¿Bebe?

—Muy poco ahora, por el hígado; el vodka me vuelve loco. Qué bueno es el vodka. Venga, mientras hablamos vamos a tomarnos un café, para mí, el quinto hoy. Llego a los diez diarios.

—Su biografía oficial dice que nació en Fontana di Liri (Frosinone), el veintiséis (o veintiocho) de septiembre de mil novecientos veinticuatro. ¿Es verdad?

—Sí, he nacido en Ciociaria, en la región de Nino Manfredi, de De Sica, de Gina Lollobrigida. Mi pa-

dre era ebanista; nos trasladamos, mi madre, mi hermano Ruggero y yo, a Turín por el trabajo de mi padre; luego nos fuimos todos a Roma. Asistí al Instituto Técnico y logré el diploma de auxiliar de tribunales. ¿El teatro? Hasta entonces nada. Ah, sí, de niño había hecho el papel del mártir Sabino en una representación de la parroquia. A los diecinueve años, en mil novecientos cuarenta y cuatro, me encontré siendo prófugo, como ya le he dicho, para escapar a la deportación a Alemania, y bohemio por unos cuantos meses. Y pintor... Vuelvo a Roma,

me uní a los míos y me inscribí para seguir Economía y Comercio. Tenía, no obstante, necesidad de trabajar y encontré un puesto como contable en una sociedad cinematográfica inglesa, la «Eagle Lion». Hacer de contable me cansaba mucho y, como una evasión, pedí formar parte del Centro Dramático. Allí conocí a Giulietta Masina y a mi mujer.

En mil novecientos cuarenta y ocho fue mi debut. Vestido de Orlando aparezo en el Teatro de las Artes de Roma, junto a Giulietta, en el apólogo de Leo Ferrero, «Angélica». La primera crí-

MASTROIANNI

tica a mi trabajo fue de D'Amico, que lo definió como «entusiasta inexperto». Afortunadamente, tenía un admirador en el administrador del teatro, Améndola, y cuando al año siguiente se presentó Visconti y la Compañía Morelli-Stoppa, me recomendó a Luchino. Mi primer papel fue en «Como gustéis», de Shakespeare, con resultados dudosos, pero ya había sido cazado, cogido, por el teatro. Así continué, abandonando toda idea de emplearme. Debo decirle que no fue sólo en el «Eagle Lion», sino que estuve —pero siempre en calidad de contable—, por poco tiempo, en las oficinas de la División de Artillería y hasta en la Limpieza Urbana. En mi carrera de actor teatral recuerdo sobre todo: «Un tranvía llamado desco», de Williams; «Muerte de un viajante», de Miller; «Tío Vania», de Chejov; «Troilo y Cressida», de Shakespeare; «La posadera», de Goldoni, y «Orestes», de Alfieri, que fueron mis obras principales.

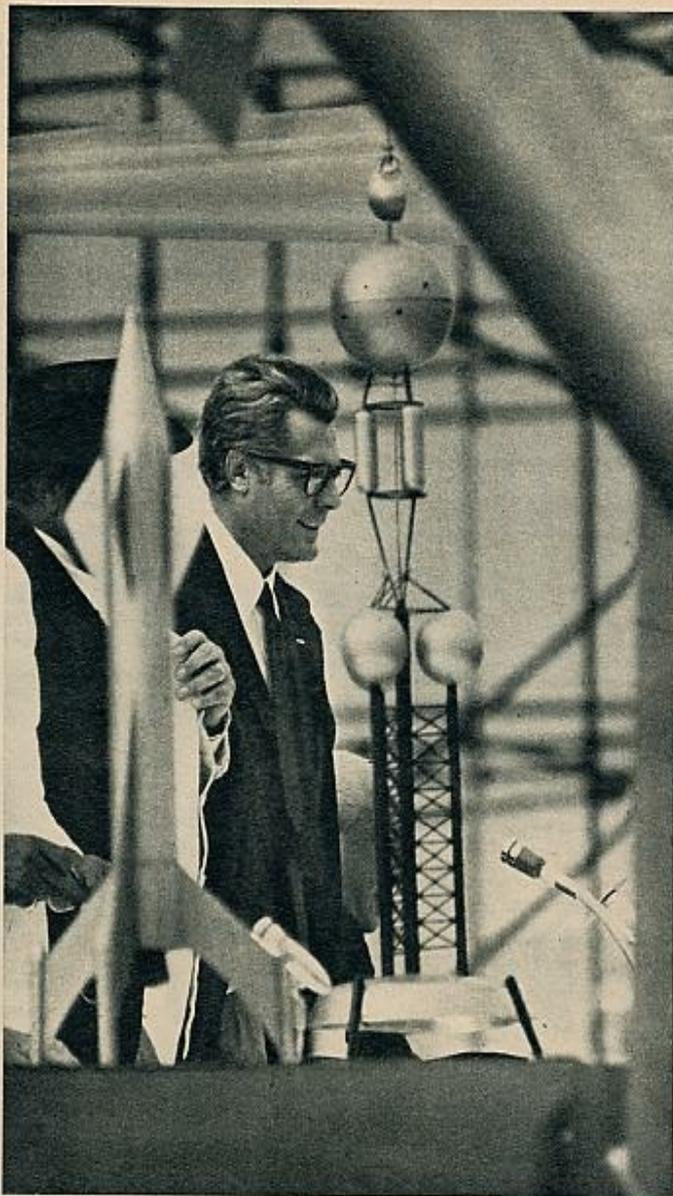
En el cine comencé con algunas películas pequeñas: fui cadete de la Armada en Livorno (mi primera tortura cinematográfica, un baño en pleno invierno). Luego, ya en mil novecientos cincuenta, hice «Domingo de agosto». El mismo año me casé. Flora Carabella, mi mujer, había estado siempre cerca de mí, ayudándome con su comprensión y su inteligencia. Un año después nació Bárbara, nuestra niña.

—¿Tuvo un paréntesis burgués en su matrimonio?

—Apenas me casé, pensé que lo tendría y hasta me compré una bonita chaqueta de casa de seda foulard. Está nueva porque no me la he puesto. Y también un par de zapatillas de reno negro, con mis iniciales, hechas por Lobb (Eddie Fisher, que las tiene iguales, las usa para pasear), pero nunca las he empleado, nunca he estado tranquilamente en casa, porque vivo fuera, llevo tarde, me distraigo, me aburro, me enfado por poco, soy perezoso, desordenado. Continuemos hablando del cine, porque tengo la sensación evidente de ser muy aburrido cuando me pongo a hablar de mí. No lo escriba, pero, ¿sabe lo que pienso de mí en realidad?: que soy un pelma.

Sigamos. Sí, entre una cosa y otra he hecho casi cincuenta películas, de las que recuerdo siempre con satisfacción «Peccato che sia una canaglia», donde hacía el papel de un joven pueblerino impulsivo (papel que estuve a punto de aficionar a él), porque allí nació mi amistad con Sofía Loren.

La alegría y la introspección melancólica han alternado desde aquel momento en mis películas,



Recuerda a Cabo Cañaveral; pero solamente son para una escena de Fellini...

dándome un doble carácter. Citaré por ejemplo: «Crónica de los pobres amantes» y «El soliti ignoti», «Las noches blancas» y «La suerte de ser mujer», «Domingo de agosto» y «La noche». Lo digo así sin orden cronológico, para indicar los distintos rostros que debe tener un actor y qué larga y difícil es su verdadera evolución. La película que quiero más es «La dolce vita», donde me he encontrado clarificado, y que me ha dado un nombre, un éxito seguro con los productores. Admiro a Antonioni, a Germi; me gustaría mucho trabajar con Stanley Kubrick, con Ingmar Bergman, pero Fellini es un verdadero amigo, animoso, estimulante.

Después de este film «secreto» de Federico, haré, en primavera, un film con Elio Petri (el gran director de «L'assassino»), que es uno de mis pocos amigos, con Paolo Panelli.

Será una película de ciencia ficción, en realidad, fuera de todo lo posible.

—A una de mis preguntas ha contestado a medias. Me ha dicho que había pintado, pero no me ha dicho si había escrito poesías o cosas de otro género.

—Poesías no, nunca; he escrito un guión. Que nunca verá realizado, Dios mío, nunca... Ella era tan rubia, tan bella, daba tal alegría verla; sí, era un film dedicado a Marilyn, una idea que tuve cuando era cajero y que me hubiera gustado interpretar con ella. Es la historia de una famosa actriz de Hollywood que, ante el éxito de las grandes películas italianas, atraída por la fama de los directores que ruedan en la calle, decide venir a Roma a hacer una película de tipo neorrealista. En el aeropuerto tiene un gran recibimiento; asaltada por los fotógrafos, etcétera, pierde el malentín con las joyas; lo encontrará más tarde el funcionario, tímido y tranquilo (yo), de una línea aérea, y se lo llevará. Mientras tanto, la actriz está furiosa, porque ninguno de los artistas que

le proponen los productores le gusta para el film neorrealista. Pero aparece el tímido empleado con las joyas y ella grita ¡éste es! Y de ahí surge toda una serie de peripecias y de aventuras que trastornan la existencia del pobre hombre hasta la melancólica partida de la actriz. Eso es todo. Dentro de poco tengo que volver al «set». Mi verdadera vida está ahí. ¿Viajar? Me gusta bastante, pero tengo siempre el temor de tener el aire de turista. ¿Los flirts? Mis borracheras duran menos de una hora, y se acaban.

—¿Qué busca en la mujer?

—O la belleza enloquecedora o una enloquecedora personalidad.

—¿Jeanne Moreau?

—Es el segundo caso. Una mujer fascinante con la gracia de una oriental y una personalidad viril, extraña, adorable en verdad.

—¿Brigitte Bardot?

—Ni un caso ni otro. Para mí es como un símbolo abstracto, gracioso pero ausente, lejana de mi mundo.

—¿Qué otra cosa le gusta hacer, aparte del trabajo?

—Estar en el Rosati, en la plaza del Popolo con mis amigos; ir a casa de mi madre a tomar platos de Ciociaria, pasear el domingo con mi hija, ir a la montaña, conducir el coche.

—Usted ha tenido una colección de coches deportivos. ¿Cuál tiene ahora?

—Un Porsche. Es verdad, los autos son, y han sido, mi pasión. En Roma, hace cuatro años, circulaban tres Jaguar (dos eran míos), ahora hay ciento cuatro.

—¿Usted se considera un intelectual?

—No, por favor, en absoluto; no sé qué quiere decir exactamente. Quiero sólo dar lo mejor de mí en mi trabajo, a toda costa; que mis personajes sean el fruto de una sincera convicción, que cada papel sea una parte de mí. Yo no soy un intelectual en el sentido corriente, al menos, por lo que se refiere a mí mismo, pero lo soy por lo que respecta a la selección de las propuestas que me hacen, de los guiones que me presentan. Yo estoy seguro, después de años de hambre, de pequeños sueldos, de escenario, de dura realidad, de cine menor, si quiero o no quiero una cosa. El cine es mi salvación. Me siento casi siempre vacío, incierto, me observo cómo hago algunas tonterías y me pregunto por qué. Tengo poco orgullo, soy muy perezoso y me justifico trivialmente. Es cierto que en estas vacilaciones, en estas dudas sobre mí mismo, hay sin duda una ambigüedad que los periodistas y los biógrafos se esfuerzan en subrayar. Pero esto no hace sino confirmar lo que, en realidad, yo pretendo: ser un hombre moderno.

ANNA PIAGGI